

El mundo en la Gran Vía

Academia Maryland, cafetería Nebraska, hotel Italia: estar en la Gran Vía de Madrid es estar en el mundo. Este es el proyecto que atraviesa las ciudades occidentales desde la llegada de la industria y de la segregación de mercados y producción. No es un proceso inmaterial. Solo ha sido posible gracias a dispositivos urbanos como la Gran Vía, los capiteles de muchos de sus edificios, las fotos de Kim Gordon para Saint Laurent o la semana de 'China en El Corte Inglés'. Su eficacia es radical. Las gabardinas Burberry o el California maki han ganado ubicuidad gracias a los medios de comunicación, a los ejércitos y, no en menor medida, al diseño de las ciudades. Pero el proyecto colonial tiene siempre sus resistencias. En la parte de atrás de la Gran Vía, en Mostenses o en el subterráneo de la plaza de España hay locales en los que pequeños empresarios venden fruta andina que ellos mismos importan, habitaciones con ordenadores de teclados chinos o lugares en los que se reúnen trabajadores transnacionales con sensibilidades compartidas. Si la Gran Vía es colonial, optimizada y corporativa, su trasera se construye con los efectos colaterales de las migraciones y recursos desatendidos. Juntas constituyen un entorno excepcionalmente rico en conflictos y diversidades sociales.

Para los arquitectos modernos, lo mejor sería limpiar de mugre las traseras y unificar el estilo y las economías del conjunto. Para los ecosistémicos, las relaciones entre unos y otros son lo verdaderamente valioso, y dedicarían sus esfuerzos a equilibrarlas. Los segundos tienen razón, pero el equívoco de los primeros favorece a corto plazo los intereses de los que toman las decisiones. Este es el principal problema del urbanismo contemporáneo.

Andrés Jaque

